

El universo en una canica

La primera vez descubres que vas a pasar 6 meses en Olot, un pueblo de 30000 habitantes en el interior del pirineo catalán, te rodea una sensación de surrealismo, no solo a ti personalmente, pero también a los compañeros, profesores y familiares a los que se lo cuentas –todos invariablemente se sorprenden.

En cierto modo RCR-Olot es una experiencia surrealista y es muy difícil, casi imposible, anticipar lo que allí te espera. Creo que no descubres la realidad hasta que no estas allí, y sin embargo, una vez termina y vuelves al mundo real, te queda la extraña sensación de que todo fue un sueño, de que esos 6 meses, si acaso existieron, fue en una realidad paralela. RCR y Olot creo que son en muchos sentidos irreales, o por lo menos están fuera de la realidad común.

La primera vez que llegué a Olot, fue un par de meses antes de empezar las practicas. Aprovechando que estaba en Barcelona cogí un bus de unas dos horas (la única forma de llegar a Olot en transporte público) para ver algunos pisos entre los que estaba mi casa para los próximos siete meses. Es un lugar curioso piensas en primer lugar: mucha población inmigrante, muchos edificios industriales de otra época, un volcán en medio de la ciudad, un centro urbano que encontraba familiar y me recordaba a Soria, de donde es la familia de mi madre... pero después de unas hora allí y volver a Barcelona tampoco podía decir mucho mas.

La segunda vez seria la definitiva. Un viaje en coche desde Madrid. Mirando atrás creo que la longitud del viaje, y lo asilado del paisaje, en un valle entre montañas y volcanes ayuda a generar esa sensación de estar fuera de la realidad. Es un microcosmos. De la noche a la mañana toda tu vida se reduce a cuatro calles, una antigua fundición rehabilitada, 25 personas que siempre están allí y con suerte un bar o dos.

Tan es así que el día antes de empezar, paseando por las calles me cruce por casualidad con una de esas 25 personas, empezaba sus practicas el mismo día que yo y compartíamos también -en teoría- el día de despedirse, pues tenia una beca de Italia por 6 meses. Parecía un aviso: “No lo sabes, pero ya has entrado en RCR y tu mundo acaba de encogerse”.

Estos encuentros fortuitos, que rara vez ocurren en las grandes ciudades, son inevitables en Olot y, en mi caso, he acabado apreciándolos enormemente porque te dan una gran sensación de proximidad y de cercanía que hace que no te puedas sentir del todo solo, aunque también por la misma cuenta puede ser en ocasiones agobiante e invasivo para la gente acostumbrada al anonimato de la ciudad. Depende de cada uno.

Enseguida generas rutinas. Yo las aprecio –afortunadamente- porque si no fuese así Olot se me habría caído encima. Con fortuna coincidí con gente con la que pude compartir las ganas de aprovechar el tiempo después del trabajo, aunque fuese poco –que lo era. Las noches de invierno yendo a nadar, para luego tomar unas cañas y bravas, o cenar en compañía en casa de algún amigo fueron muchas, como lo fueron los fines de semana en los que tratábamos de llenar el tiempo. Lo peor de Olot es un domingo solo en casa, así que tratas de evitar esa situación. Excursiones, visitas, paseos, cualquier excusa era buena, y sorprendentemente me di cuenta de que acababa haciendo tantas cosas o mas como las que haría en Madrid. La facilidad para organizar a la gente, que con fortuna era bastante proactiva, y la comodidad de que cualquier cosas este solo a unos minutos andado de distancia ayuda.

La llegada de la primavera también ayuda. Comienzas a salir del trabajo cuando todavía hay luz y el entorno natural es espectacular. Rutas en bici por la tarde, picnics a mediodía, excursiones los fines de semana para un baño en la playa o en algún rio (ya mas cerca de verano) son constantes, un tipo de ocio poco común en grandes ciudades, que en Olot es casi la única opción, pero no por ello peor. Aprendes a apreciarlo y creo que lo echare de menos en Madrid.

Lo que desde el principio tuve claro es que lo hizo que esa “canica” en la que he vivido estos seis meses mereciese la pena han sido los compañeros, ahora amigos, con los que me encontré en el despacho.

No se si es porque todos estábamos en la misma situación, en un lugar bastante lejos de donde vivíamos hasta hace unos meses, sin conocer a nadie, siendo estudiantes o jóvenes arquitectos, “encerrados” siempre los mismos en el despacho y siendo siempre los mismos en el bar (en muchas ocasiones piensas que estas una suerte de Gran Hermano) y con esa extraña sensación que tienes desde el principio de finitud que provoca que todo ocurra de una forma acelerada, pero enseguida creas grandes lazos con la gente con la que compartes esta experiencia. Creo haber hecho amigos que espero duren mas allá de la fugacidad de tiempo en RCR, algunos estoy convencido de que así será.

Lo peor de Olot, sin embargo, esta intrínsecamente ligado a esto. Esta fugacidad a la que me refiero no es algo etéreo. Es palpable y real. Cada mes vives una despedida, a menudo varias, con esa incomoda sensación de saber que si bien habéis compartido mucho esos meses también es posible que no volváis a coincidir. Es mentalmente bastante exigente. Estos golpes de realidad hacen mella poco a poco preparándote para el día en el que tu mismo tengas que cerrar la puerta del estudio por ultima vez y volver a tu realidad.

Gracias JRDASLMOGVLBVASMLJFEDLDBAJTARJVGICA







Apilament de Les Pinedes
Sant Miquel
del Corb















